

## UNA LECCION A TIEMPO.



La meditacion.

Los niños, en las cosas de la vida, tienen una memoria increíble, cuando, aunque no sea mas que por un instante, llegan á fijar su atencion. Esto es una gran verdad, de que sin embargo no se ha sacado hasta ahora un gran partido.

SEGUNDA SERIE.—1866.

Se dejan solas y abandonadas sus pequeñas conciencias, y Dios sabe lo que sucede. En otro tiempo se cuidaba de ayudarlas un poco, y las tiernas exhortaciones de la madre, sus ejemplos, sus lecciones, formaban un pequeño tesoro de

AÑO XXIV. 19.



reserva, de donde sacaban despues, mas tarde, su firmeza, su rectitud ó su valor.

La condesa de Valle-ameno sabia admirablemente ser madre, lo que no es tan fácil como se piensa. Tenia un tacto para no incomodar en su desarrollo á las débiles criaturas, á quienes preparaba para la vida, escogiendo el instante oportuno y favorable para darles sus enseñanzas y lecciones.

—Espío muchas veces, me decia, meses enteros, y por nada en el mundo aventuraria una leccion que no viniese al caso, porque no solamente seria una leccion perdida, sino que no podria volver á darla ya con fruto.

La pobre madre tenia un aneurisma en el corazon, y no lo sabia; los médicos se habian guardado muy bien de decirselo. Era viuda, y sus dos niñas iban á encontrarse muy pronto huérfanas.

Un dia, despues de comer, Luisa y Maria, que jugaban segun su costumbre en el cuarto en que se hallaba su madre, se incomodaron, y concluyeron por separarse buenamente. Luisa fué á meterse entre los almohadones del sitio mas apartado del sofá, Maria, dueña del campo, se quedó sola, inmóvil, fastidiada, no sabiendo que hacerse de su victoria.

El motivo de la incomodidad era muy serio. Habian comenzado por llevar en un cochecito á la muñeca, pero no bastándoles la muñeca para jugar, habian intentado meter en el cochecito á un gatito de los mas traviesos. El gato dando un salto y escapándose, habia rasgado el vestido de su linda é inmóvil compañera, y de aquí una explosion de dolores.

¿A quién le habia ocurrido la desgraciada idea de meter en el cochecito el gato con la muñeca? ¿Era Luisa? ¿Era Maria? ¡Ah! Maria no habia pensado ni por un instante en el Minino.

La condesa de Valle-ameno siguió aquella escena atentamente, y no tomó parte en ella hasta que vió á las dos niñas cansadas de reñir y de disputar. Despues, atrayéndolas dulcemente á su lado, se hizo contar el motivo de la disputa, como si nada hubiese visto ni oido. No las reprendió, empero se mostró tan profundamente admirada y triste de que dos hermanas, dos amigas, pudieran enfadarse y reñir por tan poca cosa, que las niñas comenzaron á reflexionar.

—Mi madre, me decia Luisa muchos años despues, tenia aquella tarde un sonido de voz casi diferente de su timbre habitual, y tan melodioso, que lo oí cual una música celestial, que poco á poco calmaba mi cólera de niña.

Maria habia cedido la primera á la influencia maternal. Es preciso no olvidar que ella habia quedado vencedora en la lucha, y que es mas difícil á los vencidos el olvidar su derrota. Luisa volvía á otro lado la cabeza y procuraba conservar su descontento.

—¿Qué! dijo la condesa, ¿no quieres abrazar á tu hermana?

—Ella es la que ha tenido la culpa, mamá.

—Entonces debe serte mas fácil el dar los primeros pasos, porque no tienes que reconciliarte contigo misma.

Yo no comprendí enteramente lo que queria decir mi madre, me ha contado, Luisa, pero senti confusamente que habia allí *alguna cosa*. Mi madre aproximó suavemente nuestras dos cabezas, y nos hizo dar un abrazo un poco frio al principio, pero despues cordialmente y con los brazos abiertos.

Por la noche.... ¿á qué volver á una época tan triste?

Por la noche las dos niñas eran huérfanas: el aneurisma de la condesa de Valle-ameno se habia roto.

Una parienta anciana que por una suerte de la Providencia divina se encontraba de visita, se apresuró á llevarse consigo á las dos huérfanas, y despues las pusieron en un colegio. Muy duro debió de serles, por lo muy mimadas que estaban por su madre.

Crecieron allí hasta la edad de diez y siete ó diez y ocho años, y despues las casaron porque eran ricas y graciosas, y fué cosa fácil y pronta.

Luisa se habia casado con un negociante jóven en años, pero de demasiada edad para ella por el carácter. Carlos Ramirez, habituado á cuidar de graves intereses, habia contraído maneras á la vez imperiosas y metódicas. Luisa trató de resignarse, empero su naturaleza ardiente se escitó pronto fuertemente, y entró en abierta rebelion. Entonces á su vez se dió por ofendido Ramirez, y entró la discordia en la casa, que no por estar cubierta de política y de disimulo dejó de ser menos venenosa. La situacion llegó á hacerse intolerable. Luisa tomó sin vacilar su partido.

—Mas vale separarnos, que vivir de este modo, dijo.

Ramirez se inclinó friamente en señal de consentimiento, y continuó en la lectura de un periódico que tenia en la mano.

La jóven pasó á su cuarto, mandó hacer los cofres, y aquella misma noche salió para una hacienda donde cuando niña habia habitado con su madre.

Luisa no habia vuelto á ver la casa materna desde el dia en que la habian sacado de ella con su hermanita, como dos pajaritos que se arrebatan del nido.

Su primer movimiento desde que llegó, fué correr al cuarto de su madre, ¡aquel cuarto cerrado hacia diez años como un santuario!

—¡Qué! diré á vd., mi querido amigo, me escribia aquella misma noche: todo he vuelto á verlo á la vez: mi madre, mi infancia, mi hermana, mis goces y mis pesares de entonces! ¿Se acuerda vd. de lo que le he contado de la última tarde que pasamos con mi pobre madre, y de cómo ella puso paces entre Maria y yo que estábamos reñidas? Pues bien; toda aquella escena está allí todavía escrita cual si hubiera sucedido ayer. Allí está la silla cerca de la ventana: la muñeca y el cochecito junto al taburete. Siento la mano de mi madre que estrecha la mia, oigo su voz que me dice:

«Es muy fácil reconciliarse con los demás, cuando no tiene una que reconciliarse consigo misma.»

A la mañana siguiente me escribió de nuevo:

«No he podido dormir ni un solo instante esta noche: me parece que la he pasado en vela y he hablado con mi madre, le he contado mis pesares, he oído sus consejos.

«Estoy como si tuviese algunos años mas hace estos dos dias. He tomado grandes resoluciones que no le digo á usted, pero que vd. sabrá el resultado.»

Pensaré en una reconciliacion con su marido, me dije á mí misma.

No me equivocaba. Difícil y delicado era; empero Luisa se hallaba resuelta. Parecia inspirada por el alma de su madre. Habia encontrado el secreto de su tacto lleno de gracia, habia tomado algo de su serena dignidad.

Ramirez habia recibido sus avances como se reciben los de un niño caprichoso y susceptible: conoció muy pronto que tenia su mujer una conciencia recta y que solo era abnegacion y ternura, y le pesó mucho haberlo desconocido: al cabo de poco tiempo concluyó por acusarse de te-



ner toda la culpa, y Luisa á estas horas no comprende que no siempre ha sido adorada por su marido.

Ha conservado preciosamente el cochecito y la muñeca, para hacer con ella un regalo á su hija el día en que se case.

F.

## LAS AMAZONAS DE BOHEMIA.

I.

### LA CITA.

Al terminar cierto día del año 740 de nuestra redención, presentaba la cordillera de Boehmerwald, vasta cadena de montañas que se dilata entre la Baviera y el antiguo reino de Bohemia, un espectáculo á la vez terrible y magnífico.

Estensa capa de abundante nieve había tapizado con suave y silenciosa caída el paisaje que desde la elevada cima del Haydelberg podía descubrirse, colmando los derrumbaderos y borrando toda senda ó camino hasta el punto de hacer peligroso en gran manera el tránsito por tal soledad, aun á los muy prácticos en sus veredas.

Las rocas silíceas, que descompuestas fácilmente por la influencia de una atmósfera ruda é ingrata, toman formas muy propias para engañar al viajero, simulando á su vista castillos arruinados ó poblaciones considerables hasta que la distancia le permite conocer el engaño producido por el desprendimiento de las arenas, aumentaban á la sazón su fantástico aparato cubiertas de resplandeciente blancura, mientras algunos pinos silvestres alzaban en los aires sus ramas horizontales cargadas de nitidos copos, cual sombras evocadas de los sepulcros, agitando en sus brazos algunos andrajos del sudario.

En aquellos montes, donde resonaron en otro tiempo los cantos de independencia de los guerreros de Marbod, contestados por el marcial sonido de los instrumentos bélicos de las legiones de Roma, reinaba á la sazón un silencio profundo, solo interrumpido por el zumbido del viento, que rebramaba al penetrar en los estrechos desfiladeros, ó el triste aullido de los lobos que se preparaban á dejar su madriguera. El frío glacial que amenazaba aumentarse á medida que la noche avanzase, aquel horizonte indefinible y cubierto por la neblina, unido al cielo bajo y oscuro que parecía aplanarse sobre la tierra, y hasta la noche, que se venía de callada á grandes pasos, todo se conjuraba á fin de ahuyentar á larga distancia al temerario que allí tratase de fijar su planta.

Grande interés debía tener en hacerlo un joven que, indiferente á lo crudo del temporal, paseaba con impaciencia á guisa de quien hace rato aguarda en vano la llegada de una persona que tarda, aunque á pesar de sus muestras de inquietud pronto dió á entender su firme resolución de no abandonar el sitio, pues limpiando la nieve de una piedra con el regatón de su azagaya y acomodándose en ella al mismo tiempo que bajaba sobre el rostro la capucha de su gabardina de pieles, se dispuso á vencer los acontecimientos á fuerza de constante calma.

Atento el oído y fija la vista en una estrecha cañada que desembocaba en la selva, permaneció corto espacio, cuando por fin sintió conmoverse las ramas, cual si alguna criatura viviente quisiera abrirse paso á través de la maleza.

Apercibido á cuanto pudiera sobrevenir, pues según muestras no se consideraba el mancebo muy seguro, adelantóse cauteloso hacia la espesura, de donde al ver salir apresurado un extraño personaje, corrió á estrechar en sus brazos al que se arrojó en ellos, lanzando exclamaciones de júbilo.

Estrañó personaje hemos dicho, por no saber como calificarlo: veremos de irle dando á conocer en el curso de la narración, y aun prometemos dedicar un capítulo entero á poner en claro los antecedentes de su vida, que á la verdad son bien raros y nunca vistos.

El traje que le cubría participaba de la usanza adoptada entonces por entrambos sexos, pues si bien la túnica que bajaba de las rodillas pudiera tal vez servir de garantía á la honestidad de una hija de los países slavs, también es cierto que con las bragas ceñidas á su pierna por infinitas cintas de colores vivos, se hubiese dado por satisfecho cualquiera de los feroces compañeros de Alarico al invadir el imperio romano.

Todo era contrastes en aquel enigma viviente, porque ¿cómo podían combinarse su aire resuelto y maneras des-  
embarazadas con las caricias de afecto mujeril que prodigaba al joven á quien vino á encontrar; su alto pecho oprimido por las aceradas mallas de la cota, y por último las armas ofensivas que sostenía sin abrumarle, su talle digno de la Venus de Milo?

Volvamos á reanudar el hilo de la historia, roto á nuestro pesar con esta precisa digresión.

Pasadas las emociones naturales en dos personas que tras ausencia desconsoladora consiguen la dicha de volverse á ver, tomó la palabra el recién llegado, aun mal repuesto de la primera agitación en que no le hubiera sido posible articular frase ninguna, justamente por las muchas agrupadas en su cabeza enardecida.

—¡Cuánto he tardado. Udalrico! Creí no poder venir, según los inconvenientes se presentaban. Solo prestando tener que dar algunas órdenes á las tropas acampadas en la llanura y puestas bajo mi dirección, he conseguido á duras penas separarme de mi hermana; y aun no la juzgo satisfecha del todo, porque al escuchar mis razones he notado en ella un aspecto siniestro, cual solamente su rostro es capaz de espresar y que jamás había usado conmigo.—Nada me importa vayas donde quieras, contestó, eres dueña de tus acciones, mientras estas no puedan ser perjudiciales á nuestra causa; mas advierte despacio que ni á mi propia persona disimularía un solo pensamiento en daño del triunfo á que tengo consagrada la existencia.—Después me volvió la espalda sin añadir cosa alguna, y yo he corrido á donde tú me aguardabas, siempre temerosa de ver interrumpidas por algún acontecimiento funesto nuestras dulces entrevistas, porque no dudes que vigilan todas mis acciones, en términos de obligarme hoy este convencimiento á detener dos ó tres veces el galope de mi caballo creyendo escuchar otros pasos en seguimiento de los míos. Juzgué al principio que los *lequias*, genios maléficos, enemigos de los viajeros, quisieran estraviarme, mas estaba lejana la noche protectora de sus malos hechos, y seguía tranquila mi camino invocando á Rava, dios infinito y supremo, cuando al remontar un ribazo divisé á larga distancia una de nuestras compañeras partir á toda rienda en cuanto pudo reconocirme. ¡Oh, sin la consideración de que tú esperabas no me hubiera detenido; yo te juro que la hubiera dado caza y obligado á declarar el objeto de su espionaje, enviándola después al infierno á referirselo también á Zeome-



berg (1). ¡Qué situación la nuestra tan azarosa y comprometida. Udalrico, parece imposible llegue tiempo en que tranquilos podamos recordar los peligros que nos rodean!

—Abandona, Drahomira, contestó el joven, la empresa necia y criminal en que te encuentras empeñada y esa época feliz habrá llegado desde luego. ¿Qué razón justa puede impedirme seguirme á la corte de Premislao, quien te recibirá con aprecio, indultando tus extravíos y donde vivirás satisfecha, desempeñando las nobles funciones de madre y esposa para que la naturaleza te destinó al nacer, en vez de las insensatas é inicuas empresas con que contribuyes á ensangrentar el suelo de la Bohemia?

—¡Ah, calla por piedad, que con tus halagüeños ofrecimientos estás destrozando mi corazón! ¿Cómo pretendes que abandone á mi hermana en el peligro, cuando no he conocido á otra madre que ella, cuando nunca podré olvidar los afanes que la he costado ni la posición brillante que la debo? Por otra parte, á la cabeza de un ejército de mujeres animosas, destrozó hace siete años el yugo infame con que los hombres tenían oprimido á nuestro sexo, y hoy día su bandera, afirmada por la victoria, es el terror de los antiguos tiranos, que huyen medrosos á su vista: el abandonarla, cuando aun puede haber peligro, fuera una cobardía indigna que no debes exigir de mí, así como yo nunca te propusiera semejante mengua, porque haciéndolo fueras un guerrero despreciable, y al hombre de mi elección le quiero alentado y sin mancilla.

—¡Por mi vida que escita la compasión ver á una cabeza tan hermosa abrigar ideas de muerte y desconcierto!

—Escucha un momento para concluir, continuó Drahomira, sin fijar su atención en las palabras de Udalrico. Cuando una paz gloriosa nos haya colocado en el lugar preferente que siempre debimos ocupar, para nosotras serán los primeros puestos del Estado, decidiremos la paz y la guerra, y careciendo de la ferocidad y rudeza que siempre han acompañado al dominio del hombre, será nuestro reinado una época de felicidad envidiable. Entonces ofrezco imponerte una servidumbre tan suave que tú mismo sin esfuerzo has de abdicar gustoso los derechos que ahora juzgas inherentes á tu calidad de varón. Por ventura ¿encuentras en mis brazos insoportables cadenas? añadió la joven enlazándose al cuello del mancebo; pues si ellos son agradables para tí, vive seguro que de la misma y aun mejor calidad son todas las prisiones á que tengo de someterte.

—¡Oh dulce bien, encanto de mis ojos! exclamó Udalrico, respondiendo á las seductoras caricias de la varonil amazona, si combates siempre con armas de tan buen temple será irresistible tu poderío; pero eres bella y cruel como las serpientes de algunos cuentos de magas, y á vueltas del regalado roce de tus brillantes anillos, debe temerse encontrar el acerado aguijón que sabes manejar á maravilla.

—¿Has encontrado alguna vez en esta mujer, cuyos sentimientos calumnias, otra cosa que amor profundo, abandono completo y olvido total de cuanto encierra el universo, si arrojando peligros inauditos consigue verte lejos de sus feroces compañeras? ¡Ay de mí, y cuán cierto es que soy loca en extremo, pues embelesada con tu plática he olvidado preguntar por nuestro hijo! ¡Ah! por Dios no se lo digas nunca, porque es falta muy grave en una madre cometer esta distracción, y por un átomo de su cariño daría yo la mitad de mi sangre.

(1) Espíritu del mal entre los antiguos bohemios.

—¿Tanto le quieres? Drahomira.

—¿No ves que me costó mucho dolor? ¿Y quién es la dichosa encargada de nutrirle? ¡Cuánto la envidio! ¡Qué vanidosa estará por haber sido elegida! No, no me reveles su nombre, porque sin atender á la razón, he de aborrecerla siempre. Tú le verás á cada paso. ¡Qué alegría será la tuya cuando te reconozca al llegar y pronuncie tu nombre! También le habrás enseñado á balbucear el mío. Pero ¡vana ilusión! no recordaba que esto sería equivalente á una sentencia de muerte. ¿Habrá una madre tan desgraciada como yo?

Y al hablar así aquella mujer aleccionada en los campos de batalla, admiróse ella misma de romper en amargo llanto. La naturaleza recobraba sus fueros ultrajados.

Trató de calmarla Udalrico dándole buenas nuevas del fruto de sus entrañas, y cuando la vió mas sosegada se apresuró á decirle:

—Ya ves que la noche ha cerrado oscura y tempestuosa indicando la hora de nuestra separación: tú debes hacerte presente en la llanura y tienes mucho que andar para trasladarte á ese punto: yo, favorecido por las tinieblas, caminaré oculto por las trochas y atajos de la montaña hasta verme seguro en el campamento. A Dios; recuerda siempre que al primer aviso del mensajero de nuestra correspondencia no habrá riesgo que pueda detenerme para acudir á tu llamamiento.

—Aguarda un instante, añadió la joven: lleva este beso para mi querido hijo, á quien ayude Ziat, genio protector de los niños y piensa alguna vez en tu pobre Drahomira.

## II.

SUBLEVACION.—PELIGRO.—SOCORRO.—TREGUA ENTRE DOS ENEMIGOS Y SUS CONSECUENCIAS.

Para esclarecer los hechos referidos y evitar dudas en los que habrán de sobrevenir, se hace necesario que dejando el florido campo de los amores penetremos algún tanto en el terreno histórico, tomando por guías á fin de caminar mas autorizados, á Mr. Gley en su viaje por Alemania y Polonia, y al erudito jesuita Pubitschka en la crónica que escribió de Bohemia; siguiendo á los cuales hemos de fijarnos en puntos de vista de tan sorprendente rareza, que no habrá lector que los abandone sin pena, cuando el curso natural del relato nos obligue á dejarlos á la espalda.

He aquí solamente los mas necesarios á nuestro objeto.

En el siglo VII los marcomanos, poseedores tiempo hacia de la Bohemia, fueron subyugados por los tcheques capitaneados por Samo, pueblo slavo que fundó varias repúblicas ó estados de los cuales fué Praga el principal. Todos ellos se reunieron en uno por los años 700 bajo la dirección de un jefe llamado Croc ó Crag, que con el nombre de Juez de la nación, organizó aquellos elementos dispersos. Su hija Libussa gobernó el país despues de muerto su padre hacia 720, y al fallecimiento de esta, su esposo Premislao tuvo la habilidad de hacerse proclamar rey, comenzando en él en 735 una dinastía de monarcas propios. Mas como todo poder naciente, fué combatido en un principio, aunque por las causas y personas que menos debía esperar.

Sabido es la influencia que se concedía á las mujeres entre algunos pueblos del Norte: llegaban á ejercer funciones sacerdotales y tenían voto y palabra en las mas



solemnes é interesantes reuniones, donde se acordaban los asuntos de mayor importancia. Nada se hacia sin su consejo é intervencion; solo carecian del uso de las armas, mas por costumbre que por juzgarles indignas de ceñirlas, y esta facultad les fué otorgada en Bohemia durante la administracion de Libussa, que organizó una guardia numerosa de amazonas para su custodia bajo las órdenes de Wlasta, sacerdotisa de Radjast, dios de la guerra, á quien se inmolan los prisioneros, cuya sangre bebia el sacrificador para inspirarse del espiritu profético. De costumbres austeras era implacable contra las afecciones propias de su sexo, que ella se jactaba de no haber sentido jamás, considerándolas como debilidades vergonzosas.

Al subir al trono Premislao disolvió la guardia femenina y despojó á las mujeres, acostumbradas al porte de los hombres, de sus muchas prerogativas, obligándolas á contenerse en los justos límites que nunca debieron traspasar.

No podian las altivas bohemias mirar sin indignacion estas reformas que consideraban como un atentado contra sus derechos reconocidos en el gobierno anterior: Wlasta, mas irritada que cualquiera otra, halló medio de reunir en un campo gran número de ellas, y con la elocuencia enérgica, propia de la pasion exaltada, les pintó la vergüenza que seria verse precisadas de nuevo al ejercicio de la rüeca despues de haber manejado la espada, aprendido á domar un caballo y desempeñado todos los demás ejercicios que tanto ensoberbecen á los hombres, volviendo á consecuencia de la flaqueza comunicada á su alma por las ocupaciones serviles, á soportar la esclavitud en castigo de su infame debilidad.

«Quebrantad los husos y las ruecas, decia recorriendo los grupos y agitando un estandarte rojo, renazca en vosotros el apagado esfuerzo y brille en vuestra mano el acero vengador; pero si acaso estais determinadas á perseverar en esa vergonzosa inaccion y no sentis el peso é ignominia de las cadenas, presentad al yugo los dóciles cuellos y justificareis con esto el desprecio con que pretenden los hombres infamar nuestro sexo: someteos á la servidumbre. Por mi parte desde ahora os abandono y desconozco: renuncio sin tardanza á la patria envilecida que no merece la honra de haber dado el ser á Libussa, é ire á morir libre sobre su sepulcro ofreciendo mi último suspiro en sacrificio á sus cenizas venerandas.

«¿Habeis por ventura sacudido ya el entorpecimiento de ese vil letargo? ¿He podido hacer revivir en vuestros corazones algunas pavesas del fuego que os animaba en otro tiempo? ¿Queréis volver á entrar en el camino trazado por las heroínas de quienes la misma Libussa tanto se admiraba? Elegidme para comandaros y os ofrezco en nombre del supremo Radjast que puesta á la cabeza de nuestro ejército he de enseñar, bien á costa suya, á esos hombres orgullosos, que nosotras tenemos el mismo valor é intrepidez, las mismas cualidades sublimes que juzgan estarles reservadas por una predileccion celestial.»

Apenas habia concluido cuando se alzó un clamor general entre la muchedumbre. «Capitaneadnos, decian, vengadnos: muerte á los tiranos.» é inflamadas por un mismo frenesí corrieron á embrazar la lanza y ocultando sus cabellos bajo el férreo casco volvieron al sitio donde las esperaba Wlasta solicitando ser conducidas á presencia del enemigo para no dejar uno con vida, pues todos eran culpables.

Aprovechando la belicosa sacerdotisa tan buenas disposiciones, dirigió su ejército á favor de las sombras de la

noche hácia un profundo valle, donde se apoderó del castillo de Molot, pasando á cuchillo á sus defensores, y corriendo toda la tierra circunvecina, hizo reconocer su autoridad por medio del terror que sus armas llevaban siempre consigo.

Noticioso Premislao de los progresos de esta sublevacion mujeril, quiso ver si por medio de las negociaciones conseguia sofocarla en su origen, para cuyo efecto envió á Wlasta un oficial de los mas autorizados, rogándola se avistase con él á fin de acordar lo mas conveniente para entrambos partidos; mas ella creyendo traslucir un lazo pérfido en la propuesta, despachó al embajador despues de haberle mandado cortar las orejas, los labios y la nariz, conduciendo en seguida sus tropas á ocupar una fortaleza, cuyas defensas hizo aumentar, á la cual puso por nombre *Diein* ó Castillo de las Mujeres. Desde allí empezó á ejercer actos de soberanía, sojuzgando gran parte de la Bohemia.

Aquel ejército, diestro ya en montar á caballo, disparar con el arco y manejar toda clase de armas, impaciente por venir á las manos y medir sus fuerzas con el enemigo, no hablaba mas que de exterminar á los hombres, y para dar mayor autoridad á la causa que sostenia pidió á Wlasta que redactase en un código las leyes fundamentales que hubiesen de garantizar sus derechos en lo sucesivo.

Hé aqui los principales artículos, engendrados por no sabemos qué rabioso demonio, en el estéril seno de la sacerdotisa del dios de la guerra:

«Desde hoy en adelante, luego que nazca algun niño se le cortará el pulgar de la mano derecha, para que no pueda manejar la espada.

«Se le hará saltar el ojo derecho para inhabilitarle el uso del arco y la ballesta.

«A las niñas se les amputará ó quemará el pecho del lado en que el arco se apoya, para que en ningun tiempo les impida manejarle.

«Se prohíbe á los hombres, bajo pena de muerte, el uso de armas. Sufrirá la misma pena el que montase á caballo, no haciéndolo á mujeriegas.

«Todos los hombres, sin escepcion de clases ni condiciones, se ejercitarán únicamente en las faenas de la agricultura, tareas domésticas y demás obras de utilidad comun, quedando reservado á las mujeres el proveer á la seguridad pública de ambos sexos y defensa de la patria.

«Las doncellas podrán elegir el marido que mas les convenga, y rechazar su eleccion se considera como delito de muerte.»

Estas leyes hicieron famoso en toda la Alemania el nombre de Wlasta, que viendo aumentarse sus parciales, creó en obsequio de los mas decididos una orden con el titulo de *Virtud militar*, cosa notable, aunque no sin ejemplo por entonces.

Antes de pasar adelante debemos advertir que no eran solo mujeres quienes sostenian la rebelion: apoyábanla tambien hombres en gran número que, movidos por la esperanza de rápidos medros, seducidos con el aliciente del pillaje, y mas que todo arrastrados por la enemistad que muchos profesaban á Premislao, riguroso y severo cuanto su esposa fué benéfica y clemente, no faltaban muchos, decíamos, que, abdicando su propia dignidad, corriesen á engrosar las filas de las amazonas, combatiendo bajo sus órdenes.

La corte de Praga miró al principio con indiferencia esta evolucion singular, como sin importancia capaz de inspi



larla cuidado, pero aprovechándose las mujeres de esta desdeñosa seguridad, empezaron á hacerla sentir la fuerza de sus armas, y no queriendo Wlasta esperar al enemigo encerrada, pasó revista á sus compañeras y dispuso que sus batallones saliesen en buen orden por las tres puertas de la fortaleza á recibir á las tropas reales que avanzaban á combatirlos.

Los contrarios, que al mando de Samoslao las esperaban seguros de la victoria, se maravillaron á vista de su extraordinaria arrogancia, no creyendo á pesar de todo llegaría el caso de medir sus fuerzas con aquellas hembras de tan brioso ademan; mas empezada la batalla fueron derrotados vergonzosamente, sin que Samoslao pudiese restablecer el orden, á pesar de los grandes esfuerzos que empleó para conseguirlo.

El ejército victorioso regresó á Diein, y Wlasta, desvanecida con el triunfo, juzgaba en su imaginación á toda la Bohemia sometida á su imperio y reconociéndola por única soberana.

Tres años habian pasado en que alternando las ventajas á vueltas de algunos reveses, seguía el resultado de la guerra mostrándose adverso para la causa real, y al terminar este período fué cuando tuvieron nacimiento las relaciones íntimas entre Udalrico y Drahomira.

Aconteció una vez á la última que habiéndose internado por un enmarañado bosque empeñada en la persecucion de cierta fiera, hallóse distante gran trecho de su comitiva despues de llevar corridas mas de dos horas sin otro camino que el indicado por la carrera de la hostigada pieza. Perdido habia su pista cuando se halló sobre la vertiente de un derrumbadero, á cuyo pié se hallaba sentado sobre sus patas traseras un disforme oso negro que fijó sus ojos en la bella cazadora con toda la calma y seguridad propias de su especie. Verle Drahomira y apereibir su rallon (1) contra el indolente cuadrúpedo, fué cosa de un instante; pero bien por la natural agitacion en que su mano se hallaba, ó quizá por acelerarse demasiado, es lo cierto que la puntería no fué tan exacta como debiera, y escondiéndose el arma entre los felpudos lomos del animal, pasóle rozando, sin hacer otra cosa que irritar su ferocidad con el dolor de la poco profunda herida. ¡Oh, y cuán poderoso fué el salto con que el rey de las montañas midió la distancia que le separaba de su intrépida ofensora! ¡Qué pronto sintió la jóven azotar sus espaldas al aire agitado por los resoplidos de cólera que lanzaba su enemigo! ¡Y cuán de ningún provecho la hubiera sido el continuo aguijar á su caballo, á no haberse interpuesto, ligero como el pensamiento, un bizarro jóven, resguardado su brazo izquierdo con un pequeño broquel y armada la derecha de un largo cuchillo que hundi6 hasta la empuñadura en el vientre del monstruo al levantarse éste en dos piés para recibir á su nuevo contrario! Mas cayendo con todo el peso de su disforme volumen sobre el atrevido llegado en tan buen hora y destrozando sus costados al mismo tiempo que mordía la tierra bramando enfurecido, hubiera hecho pagar cara la victoria á Udalrico, pues él era quien en tal apuro se hallaba, á no haberse Drahomira arrojado á tierra acudiendo á rema-

tar á la fiera atravesándola el cuello con un acerado chuzo que se descolgó del hombro.

Magullado y cubierto de sangre, casi perdido el conocimiento y del todo la palabra, se hallaba el magnate de Premislao cuando la hermana de Wlasta llegó á prestarle socorro en justa gratitud de la generosa conducta que habia observado con ella. Toda diferencia de opiniones habia desaparecido entre los dos. La jóven ayudó al galán á subir á caballo cuando le vió en disposicion de hacerlo, y cabalgando en su compañía para mejor sostenerle, le condujo á una cercana vivienda indicada por el herido mismo, donde no creyó justo abandonarle, á pesar de todos los inconvenientes á que no se le ocultaba podía esponerle su compasion.

En efecto, el territorio en que se hallaban estaba dominado por los partidarios del rey; era indudable que la procedencia de Drahomira no podría permanecer oculta. ¿Qué seria de ella una vez reconocida? Pero el temor de un resultado infausto no fué bastante á contener los impulsos de su corazon. ¿Acaso Udalrico se detuvo á meditar las consecuencias al presentarse casi inerte á desafiar los dientes y formidables garras del monstruo que ya la saboreaba como presa segura?

Por fin, la conducta generosa en que ambos jóvenes competian; la ocasion que les prestaba la casi completa soledad en que se hallaban; el recuerdo en la una de la obligacion que la imponia verse libertada de una muerte horrible por el arrojado del mozo, en éste la diaria y cariñosa solicitud debida á su compañera de riesgo, todo junto, añadido á la natural atraccion escitada siempre entre dos personas de sexo diferente cuando la edad presta calor al corazon, fué causa para que llegado el tiempo de separarse se jurasen eterno amor, cincelando sus promesas sobre la piedra de un manantial sombreado por espesos abedules que brotaba en el confin del país hasta donde pudieron llegar unidos.

Pasó algun tiempo en que Udalrico le tuvo para lamentarse de ausencia, creyendo pérdida maldad en la mujer que le consagró su fé no darle nuevas de su paradero; mas acudiendo á recibir á un desconocido que solicitaba hablarle á solas, quedó sorprendido al ver al incógnito entregarle un hermoso recién nacido, diciendo al mismo paso: —Drahomira deposita en poder tuyo esta prueba de su cariño hacia ti, como recuerdo de la fuente del Abedul. Tan luego como se lo permita el mal de que adolece, cuidará de hacerte saber noticias tuyas. —Di á tu señora, contestó el mancebo, que reconozco en su encargo una parte de mi propio ser, á quien cuidaré como estoy obligado.

*(La conclusion en el número siguiente.)*

DIONISIO CHAULIÉ.

## SANTA JUSTINA.

LEYENDA.

Dícese que el insigne y santo varon Ignacio de Loyola, gravemente herido en el sitio de Pamplona, y obligado á guardar cama, pidió que se le diera algun libro para distraerse, y que sus amigos y compañeros le proporcionaron la Leyenda dorada. Su lectura le entusiasmó en términos, que

(1) Arma terrible que termina en un hierro á manera de escoplo. Fué muy usada entre los pueblos septentrionales. Sirve para caza mayor. Dispárase con ballesta y ha estado en ejercicio en nuestras provincias del Norte hasta principios del siglo pasado. El fuero de Guipúzcoa señala pena de muerte al herrero que le fabrique, como asimismo á toda persona que le usare.



se propuso abandonar la carrera de las armas para entregarse decididamente á la vida religiosa. Con efecto, apenas restablecido ejecutó su gran pensamiento, y fué el fundador de la ilustre Compañía de Jesus, tan calumniada y con abierta injusticia perseguida. Algunos biógrafos afirman que hizo nacer ese gran pensamiento en San Ignacio la lectura de la *Imitación de Cristo*, obra inmortal de Tomás de Kempis, ó tal vez del venerable Gerson (1). Sea como fuere, lo cierto es que esos dos libros hacen palpar el corazón de los verdaderos católicos; y nosotros en atención á que la Leyenda dorada refiere una multitud de hechos muy impresionables, nos inclinamos á creer que fué su lectura la que obró el cambio asombroso de vida en San Ignacio.

El solo nombre de Leyenda dorada hace asomar hoy la risa en los labios de los necios y espíritus superficiales, cuya vista viciada y miope no descubre mas en ese libro que prodigios y milagros caprichosamente forjados por plumas frailesas é ignorantes. ¡Miserables! Toda religion tiene su mitología y sus tradiciones fabulosas, como dice con profunda sensatez De Maistre; pero bajo su velo alegórico se encierran siempre grandes verdades. Aplicado este principio, tan real y positivo como filosófico, al catolicismo, esencialmente divino y bajado del cielo, da á la Leyenda dorada una gran importancia y mucho interés, porque nos revela el espíritu del siglo en que fué escrita, su fervor religioso, las muchas persecuciones de tantos ilustres mártires, su heroica y santa abnegación, su constancia y firmeza en los sufrimientos, y aquella dulzura y suavidad patéticas y compasivas, que son el mas claro testimonio de la resignación y docilidad evangélicas, que elevan nuestra mente á las regiones celestes, sin separarnos de la materia que nos reviste en este mundo, en que vivimos para cumplir escrupulosa y santamente nuestros deberes de cristianos.

La Leyenda dorada es el mas bello panorama de la Edad Media; el gran panorama en que figuran todavía muchas creencias paganas, pero cristianizadas por las aguas del Jordán; es el cuadro mas acabado en que figuran personificados todos los vicios y las virtudes; en que figuran ángeles y legiones de demonios; en que figuran brujos y nigromantes; en que figuran santos varones, que luchan cuerpo á cuerpo con el espíritu maligno; en que figuran el Salvador y la Virgen Santísima, auxilio y amparo de las almas tristes y afligidas. En fin, la Leyenda dorada, que puede considerarse hasta cierto punto como la precursora de los *Mártires* de Chateaubriand, es el gran Cosmos religioso y social de la Edad Media. Nosotros, pues, queriendo dar á nuestros lectores en el terreno práctico una idea de ese libro, muy ridiculizado con manifiesta injusticia, vamos á extraer lo que contiene de mas notable en sus páginas acerca de Santa Justina, de su conversión y de su martirio,

(1) Aunque el áureo libro de la *Imitación de Cristo* se atribuye generalmente á Kempis, ha habido y hay todavía graves dudas acerca de su autenticidad. Su primera edición salió á luz bajo el nombre de San Bernardo, y á pesar de que algunos manuscritos llevan el nombre de Kempis, en el mas antiguo figura como copista y no como autor. En otros manuscritos, tambien muy antiguos, figura como autor Gerson. Los canónigos regulares de Paris, en un pleito, que se entabló ante el parlamento contra los benedictinos, produjeron documentos, á su entender fehacientes, en que se dice que la *Imitación de Cristo* pertenece á Kempis, pero no fueron juzgados prueba suficiente; y lo cierto es, que ese gran libro, viviendo todavía Tomás de Kempis, fué atribuido á San Bernardo, á Gerson, y tambien á Gersen, abad de Versell.

que le franqueó las puertas de la mansión celeste para cantar con los ángeles el hosanna al pié del trono del Altísimo.

Justina, hermosa doncella educada en el seno de la gentilidad, é hija de un sacerdote de los ídolos, oía todos los dias desde su ventana, que daba á un patio contiguo á la iglesia de los cristianos, la voz angelical y sonora de un diácono, que leía los Santos Evangelios. Esta voz desconocida conmovió é hizo palpar su corazón con tanta piedad y ternura, que habiéndola visto una noche su madre muy pensativa y triste, la obligó con amorosa súplica y caricias á revelarle todos los secretos mas íntimos de su alma. Justina se postró á sus piés, y la dijo: «Madre mia, bendice ó perdona al fruto de tus entrañas: yo soy cristiana.» La madre la abrazó anegándola en lágrimas; fué luego á buscar á su esposo, y le contó lo que acababa de pasar. Se acostaron en seguida, y tuvieron entrambos una misma vision. Les pareció estar envueltos en una gran nube de luz muy esplendorosa y divina, y resonó en sus oídos una voz, que llamándoles les decia: «Venid á mí, vosotros que estais tan afligidos, que yo os consolaré; venid á mí, los bien amados de mi Padre, que yo os daré el reino que os está preparado desde el principio de los siglos.» Tan luego como rayó el alba bendijeron los dos á su hija, y los tres se hicieron inscribir en el libro de los catecúmenos (1), y despues de haberse sometido con humildad ejemplar á las pruebas de costumbre, recibieron las aguas del santo bautismo. Justina volvía del templo del Señor, radiante de luz divina, y marchaba en medio de su madre y de su anciano genitor, cuando dos hombres con semblante oscuro y triste, que pasaban envueltos en sus capas, se detuvieron mirándoles estupefactos; Justina siguió su camino sin verles, y entró en su casa con sus queridos padres: esos hombres eran el mago Cipriano y su discípulo Acladio. El primero, apenas llegado á su tenebroso laboratorio, traza círculos fatídicos, sacrifica una víctima, y sus miembros, todavía palpitantes, los arriña á un brasero que despidе ráfagas de humo. Entonces aparece el genio de las tinieblas; se pone en pié delante del mago, y le dice: «Héme aquí: tú me has evocado, y estoy ya á tus órdenes, ¿qué quieres?—Amo á una virgen, sédúcela: es cristiana, delátala: quiero poseerla á toda costa, ¿puedes hacer algo para contentarme?—Lo haré todo: yo he seducido á Eva, que hablaba familiarmente á cada instante con el mismo Dios; y si tu virgen es cristiana, has de saber que yo he hecho crucificar á Jesucristo. —¿Con que me la entregarás en alma y cuerpo?—Sí, toma este liquido, viértelo sobre el umbral de su aposento, y todo lo demás corre por mi cuenta.»

Mientras que Justina, casta y pura, santamente descansa, Cipriano se acerca á la puerta de su modesto dormitorio, hace lo que le mandó el espíritu maléfico, y murmurando palabras sacrílegas, celebra ritos horrendos. En tanto el demonio se sienta silenciosa y furtivamente al lado de la cabecera de la infortunada doncella, y la mece con sueños voluptuosos que la representan la imágen de Cipriano, á quien cree encontrar saliendo de la iglesia. Este la habla; la dice cosas que perturban su conciencia, y ella le mira y escucha. Pero se agita; se despierta de improviso, y se per-

(1) Esta palabra, enteramente griega, significa *instruido de viva voz*, y se aplicó en los primeros siglos de la Iglesia á los que aspiraban á ser cristianos, porque antes de bautizarse y ser admitidos á la celebracion de los santos misterios, los diáconos y otros ministros del santuario les instruían, explicándoles los principios y preceptos de nuestra religion santísima.



signa: el demonio desaparece, y el vil seductor, que la está esperando á la puerta, la aguarda inútilmente toda la noche.

Al otro día Cipriano blasfema; sigue sus evocaciones, y abruma de injurias y denuestos al Genio de las tinieblas. Su cómplice infernal, desalentado y abatido, confiesa su impotencia ante el signo misterioso é inefable de nuestra redención. Entonces el mago, cuyo corazón maligno rebosa la hiel del pecado, le espulsa rabiosamente de su presencia, y evoca un espíritu superior de la diabólica gerarquía. El recién venido ya se metamorfosea en doncella, ya en mancebo de formas encantadoras para seducir á Justina con sus consejos, halagos y lascivas caricias. ¡Ah, la virgen casta está próxima á sucumbir! ¡Las llamas eternas la amenazan!.... pero su ángel la asiste, y animada por ese celeste mensajero se persigna nuevamente, y acercándose al demonio, despidiendo de sus labios inocentes y puros el aura ligera de un soplo misterioso que le abate, le confunde y le obliga á apelar á una precipitada fuga. Cipriano evoca en su desesperación al príncipe de la horrenda cárcel de las lágrimas y de los inextinguibles lamentos; evoca á Satán, que, no contentándose con afligir á Justina con todas las amarguras y los graves dolores que sufrió el santo Job, propaga la peste en Antioquía, patria de la virgen, y manda á los oráculos que digan, consultados por los paganos, que el tremendo azote cesará cuando Justina aplaque las iras de Venus y de los Amores ofendidos. Pero la púdica doncella ruega por la salud del pueblo; sus plegarias llegan al cielo, llevadas en alas de los ángeles, y el fiero contagio rápidamente se disipa, como los condensados vapores que oscurecen el horizonte, al aparecer el gran planeta que alumbra el firmamento. A la vista de tan inesperado milagro, Cipriano experimenta en el fondo de su alma, hasta entonces lodazal de afectos impuros, un cambio prodigioso; siente la fuerza de las primeras chispas de la caridad divina, y siguiendo los impulsos irresistibles de su conciencia, obliga á Satán á confesar que es nulo, que es vano su poder ante la cruz: el mismo se persigna, y Satán vuelve á la tenebrosa mansión.

Cipriano abjura las supersticiones mágicas; se acoge al pendón de Cristo; se agrega al cuerpo de los nuevos levitas, y marcha con tanta valentía á su cabeza, que el pueblo de Cartago le proclama unánimemente obispo<sup>(1)</sup>.

En algunos manuscritos antiguos, que han suministrado abundante cosecha de materiales á la Leyenda dorada, y al número no muy corto de todas las demás leyendas, que la Edad Media nos ha transmitido, se encuentra el curioso documento que vamos á extraer acerca de la conversión del ilustre y santo obispo de Cartago, escrito por él mismo, ocupando la silla pontifical. Algunos pensamientos muy difíciles de comprender y hasta misteriosos de ese gran documento, nos llevan á sospechar que todo lo que está consignado en la Leyenda dorada, cuando nos dice que el santo obispo, siendo todavía idólatra se había entregado á la magia, es una realidad.—El documento se espresa en esta forma:

«Yo, Cipriano, siervo de nuestro Señor Jesucristo, he rogado al Dios Padre Todopoderoso, y le he dicho:—Tú eres el Dios fuerte, Dios mío, omnipotente, que habitas en la gran luz. Tú eres santo y digno de alabanza, y desde tiempo muy antiguo tú has visto la malicia de tu siervo, y e-

abismo de las iniquidades en que yo me había hundido por malicia del demonio. Yo ignoraba entonces tu verdadero nombre, y pasaba en medio de las ovejas que no tenían pastor. Las nubes no podían dar rocío á la tierra; los árboles quedaban sin frutos, y las parturientas no podían salir de sus penas. Yo ataba y no desataba; ataba los peces del mar, y no eran libres; y ataba también los senderos de las olas, y tenía juntos muchos males. Pero ahora, Señor mío, Jesucristo, Dios mío, conozco ya tu santo nombre, y me he convertido de todo corazón, con toda mi alma, con todas mis entrañas, separándome de la multitud de todas mis faltas para marchar en tu amor y según tus mandatos, que son mi fé y mi plegaria. Tú eres el Verbo de verdad, la palabra única del Padre, y yo te suplico que rompas las cadenas de las nubes, y hagas descender sobre tus hijos una lluvia benéfica como la leche; y que desates los ríos y otorgues libertad tanto á las criaturas que nadan, como á las que surcan los aires. Te suplico que rompas todas las cadenas y las barreras, mediante la virtud de tu santo nombre.» —Pero volvamos mas de cerca á nuestra leyenda.

Una tan bella conversión como la de Cipriano, merecía una recompensa, merecía un gran premio; y Dios dispuso que el corazón del insigne prelado se encendiera aun mas en amor por Justina, y que esta le correspondiera; pero que su amor mútuo no fuese el de los hombres, sino el de los ángeles; que fuese todo celestial; que fuese un destello de la caridad divina; que fuese un amor que en último término se confundiera con el que el Creador del universo prodiga á cada hora á los mortales.

El santo obispo encuentra á Justina en un monasterio de vírgenes..... ¡Qué suavidad de afectos! ¡Qué dulzura!.... Cipriano, en ese momento de dicha y felicidad, ni deplora sus antiguos extravíos amorosos, ni puede arrepentirse de ellos; porque Dios, que ha rasgado el velo negro é infernal, en que el espíritu maligno había envuelto el corazón de Cipriano, lo ha sustituido con una gasa trasparente, que refleja con todos los colores del iris la pureza y santidad del amor divino, y que borra de la memoria hasta las huellas de todo amor profano. Ni Justina ve en el santo obispo al mago su perseguidor: también se ha disipado de su mente por disposición divina tan funesta y horrenda visión. El aspecto de Cipriano la consuela, y su rostro macilento, que despidía sin embargo una luz inefable, la da á conocer que Dios estampa el sello de su grandeza en el semblante de los penitentes, cuya llegada esperan con fervoroso deseo las gerarquías celestes.

En tanto, la persecución contra los fieles arrecia en Roma pagana, y se estiende á todas las provincias del imperio: Cipriano y Justina no la temen.... ¡Morir!.... ¡Ah, mueren los réprobos y no los verdaderos cristianos! porque la muerte eterna, triste patrimonio de la mansión de los eternos dolores, no puede alcanzar con su descarnada y hedionda mano las elevadas regiones de la eterna bienaventuranza.

Los soldados del imperio se apoderan del santo obispo; prenden á la casta virgen, y los dos, en un mismo día y á la misma hora, someten con santa y angelical resignación sus inocentes cabezas al hacha del verdugo.

¡Ah, la numerosa falange de los mártires, es el mas bello testimonio de la verdad de nuestra religión santísima; y las cenizas de esa milicia del Crucificado, revolviéndose y agitándose en el fondo del sepulcro, vencerán siempre á los enemigos del catolicismo!

SALVADOR COSTANZO.

(1) En la Leyenda figura como obispo de Antioquía; pero no es de extrañarlo, porque en todas las leyendas de la Edad Media se encuentran á cada paso nombres y lugares equivocados, anacronismos, y otros muchos errores por el mismo estilo.